LA VISITA

I

El día que cumplió nueve años, Alicia se levantó temprano, recibió sus regalos y fue al colegio como todas las mañanas. En la clase de Matemáticas, la profesora escuchó la noticia y todas las alumnas le cantaron el Happy Birthday y la aplaudieron. A la hora del almuerzo, Alicia confirmó la invitación a algunas amigas e invitó a otras. "Esta tarde, a las cinco", les dijo, "vengan a mi casa".

A la salida vio la camioneta blanca de su madre, esperándola, y corrió hasta ella.

—Felizmente que hoy es viernes y no tienes que hacer tus deberes —le dijo su madre, en una luz roja.

A pesar de los tropezones del automóvil, el camino hasta su casa era el mismo lindo camino de siempre, y los árboles verdes entre las calles estaban atravesados por los rayos del sol, como todos los días. Sin embargo cuando su madre estaba doblando en la esquina de la casa, vieron, junto a la pared de ladrillos de construcción, la covacha de adobes que una familia ocupaba a media cuadra.

—Son los guardianes del terreno —le había explicado su madre unas semanas antes, cuando los había visto por primera vez—. Unos señores van a construir allí y mientras lo hacen, ellos les cuidan el terreno.

La covacha lucía igual pero esta vez habían unas mujeres junto a la puerta.

—¿Por qué hay tanta gente allí? —preguntó Alicia.

—Es una pena —le contestó su madre mientras cuadraba el carro.

—¿Qué cosa? —dijo Alicia.

—Es el chiquito, el hijo de los guardianes —le contó su madre—. Se ha muerto esta mañana.

—¿Se ha muerto? —preguntó—. ¿Cómo?

—No sé —dijo la madre—. Me lo contó la muchacha. Ya me parecía haberlo visto muy flaquito. ¿Por qué no bajas tus cosas?

Alicia sostuvo su maleta y su lonchera y siguió a su madre hasta la puerta. Recordaba a un niñito de cara chupada y ojos pequeños, con las piernas flacas, caminando por los alrededores del terreno. Con frecuencia lo había visto sentado sobre una piedra, cerca de su casa, con un palo en la mano. Alguna vez había querido hablarle pero nunca había podido.

"Se ha muerto", pensó Alicia mientras entraba a su dormitorio y se cambiaba de ropa. "Se ha muerto", pensó un poco después, cuando salió a la cocina para ver los preparativos.

Bandejitas con sandwiches de jamón, copitas de plástico con chicha y limonada, dulces de membrillo, alfajores, relámpagos de caramelo y una gigantesca y fresca torta de chocolate, junto a la pared, se extendían aumentando la ansiedad de la espera. "Todo esto por mí", pensó Alicia. Se acercó a tocar uno de los alfajores pero la empleada de la casa la había visto.

—No toques todavía —le dijo—. Espérate a que vengan tus amigas.

—Luisa —se acercó Alicia—. Dime, ¿tú sabes qué le pasó al niñito del frente?

La empleada siguió sirviendo en la bandeja.

—Parece que estaba muy mal —dijo por fin—. Desde hace varios días. Dicen que estaba enfermo.

—¿Y no podían llevarlo donde un médico? —preguntó Alicia.

—No sé —contestó la empleada—. No sé. La mamá me dijo

que tenía dolores de estómago y que no le paraban. Lo llevaron donde un médico pero no les dijo nada. Allí ha estado en su casa, muriéndose todos los días.

Alicia se alejó de la cocina y caminó hasta la ventana. Vio a dos hombres, algo mayores, en la puerta; uno de ellos tenía la cabeza gacha. Por fin la madre —una mujer con pollera verde y un sombrero serrano de cinta negra— salió a recibirlos. Luego los dos hombres entraron.

—Alicia —escuchó—. ¿No te vas a cambiar? Ya van a ser las seis.

Primero llegó Jessica, luego vinieron las mellizas Gonzales, Ana María y María Inés, con un regalo envuelto en papel rojo, luego fueron llegando Pilar, Vicky, Denise, Marisol y Elena. Después tocaron Doris, Rocío, Teresita y Ana. El papá de Rocío las había traído y estaba hablando ahora con su madre, sobre el clima, la política y la hora en que debía recogerlas.

A Alicia le gustaban sus amigas; jugaron, comieron y vieron el video que les había preparado su madre. Pero cada vez que podía, Alicia volteaba hacia la ventana, y pensaba en la casita que iba oscureciéndose con el cadáver de un niño adentro.

Hacia el final de la fiesta, cuando el papá de Jessica se fue después de saludar y agradecer a su madre, Alicia vio que las primeras bandejas llenas de sandwiches volvían a la cocina, con casi la mitad de los panes. Se había parado sola, cerca de la ventana, y en la oscuridad casi total, aún podía verse la pequeña luz que salía de la casa. Estaban velando al niño, sin duda, y desde el aire azucarado y ruidoso, Alicia podía adivinar el silencio mortal del dolor y la pobreza en ese cuarto.

Una vez una profesora les había hablado de gente como ellos, les había hablado de la miseria y el hambre en el Perú y les había terminado diciendo que seguramente ellos que venían de

familias ricas, nunca iban a tener esos problemas. Alicia pensó en una madre sentada junto a su hijo. La imagen fue tomando forma lentamente en ella y de pronto desapareció, mientras una bandeja pasaba cerca. "¿Y si les llevara algo de comer?", pensó.

Hizo su plan rápidamente. Lo mejor sería acompañar a alguna de sus amigas a la puerta con sandwiches y dulces en los bolsillos. Después caminaría sola hasta la esquina. Así ni su madre ni la empleada se darían cuenta.

Mientras las últimas niñas aún conversaban y jugaban, entró a la cocina con un saco del colegio, y se llenó los bolsillos. Luego salió otra vez, y esperó. De un momento a otro, vendría el papá de Pilar, su mejor amiga, y podría salir con ella, esperar a que el carro se fuera y cruzar la calle para cumplir con su tarea. "No les diré nada", pensó. "Sólo les dejaré la comida, y me iré". Alicia se sentía segura de su propósito, pero una leve inquietud crecía en su garganta.

De pronto sonó el timbre y el papá de Pilar estaba hablando con su madre. Al ver a su hija, le ordenó que se despidiera porque ya se iban. Alicia les dio un beso y bajó con ellos hasta la reja de la calle. Cuando los vio irse, volteó los ojos hacia el terreno. Una luz minúscula brillaba por una de las ventanas. Alicia empezó a caminar lentamente. Al salir de la acera, siguió avanzando sobre las piedras y el polvo del terreno. Su temor aumentaba, pero estaba a punto de llegar. En sus bolsillos sobresalían los bultos de panes. Al llegar a la puerta, se detuvo, pero luego dio un paso al frente.

Dentro del minúsculo cuarto de tierra, había un grupo de nueve o diez personas con ropas oscuras, sentados en ladrillos o en cajas de madera. En el centro del espacio, en un cajón pequeño y blanco, podía verse la cabeza del niño que ella había visto caminar todos esos días cerca de su casa. Sus facciones eran de una masa de piel chupada y blanca. Tenía las manos dobladas sobre el pecho, como si fuera a rezar.

Alicia se dio cuenta que todos la estaban mirando. De pronto a su lado vio a una niña, tal vez de la edad de ella.

Se alejó hasta una de las paredes. Un retrato del Corazón

de Jesús brillaba con el leve parpadeo de la vela. Una banca de madera le rozaba las rodillas. Un olor a tierra húmeda, como ella nunca había sentido, le llegaba por todas partes.

Todos la seguían mirando, pero vio que la niña se separó del grupo y se acercó hasta ella. Tenía un vestido morado, sandalias y el pelo negro sujeto en trenzas. La miraba con ojos serenos. "He venido", dijo Alicia mientras se tocaba los bolsillos. "He venido para traer esto".

Cuando Alicia sacó los sandwiches y los dejó encima de unos ladrillos, junto a donde ella estaba, los ojos de la niña no se alteraron. Sin embargo los hombres y mujeres del grupo se acercaron para recogerlos. En poco tiempo, todos los panes habían desaparecido. Alicia se sentó sobre la banca y miró a su alrededor.

La niña seguía a su lado y Alicia atinó a decirle "Ya me voy" mientras empezaba a caminar hacia la puerta.

—Señorita —escuchó Alicia a sus espaldas.

Cuando volteó, la niña la miraba, junto a la banca en la que ella había estado.

—Gracias —dijo la niña.

—De nada —contestó Alicia, y salió rápidamente.

Cuando sintió otra vez el aire de la noche sobre su cara, derramó algunas lágrimas que desaparecieron una vez que tocó el timbre. Adentro le explicó a su madre que se había demorado hablando con Pilar, y aunque le oyó decir que había estado fuera mucho rato, no hubo mayor problema. Luego empezó a despedirse de las amigas que aún quedaban, una a una, y a todas les ofreció una sonrisa de agradecimiento. "¿Te gustó la fiesta?", le dijo su madre más tarde, cuando todas se habían ido.

Alicia le dijo que sí y luego se fue a su cuarto. Desde la ventana, con la pijama puesta, miró hacia el cielo y luego volvió los ojos hacia el velo de luz que salía de la casa de adobes. Un poco más tarde, cuando la venció el sueño, la luz aún seguía brillando.

II

—Mi amor... Este es el día más feliz de mi vida —dijo su madre, antes de inclinarse a besarla.

Cuando levantó la cabeza, desde el enmarañado blanco de su traje de novia, Alicia pudo ver el gesto de llanto que empezaba a hacerse en su cara perfumada. "El día más feliz, el más feliz", le dijo otra vez.

Alicia le dio un beso y con un ruido de telas gruesas, empezó a caminar. Afuera los carros de los tíos y primos esperaban para llevar al grueso de la comitiva.

Alicia sabía que había sido educada, por muchos años, para la felicidad que sentía en ese instante: la felicidad de un novio de buena familia, de un futuro de hijos y comodidades, la felicidad de un horario y de una buena educación y viajes de vez en cuando, y la felicidad del amor que sentía por su familia y por unas cuantas amigas. Esa mañana, antes de ponerse el traje, su madre había recorrido con ella las fotos del álbum de la familia y había pasado por la fecha de su bautismo, su primera comunión, un viaje que la familia había hecho a Miami y Disneylandia y algunos de sus cumpleaños.

Alicia se había detenido en su foto de quince años antes, la foto de un cumpleaños durante el cual había hecho una visita nocturna de la que nunca había hablado y que no cabía en ese álbum.

Sin embargo, aquella visita había sido olvidada por el peso de las alegrías que habían arrasado con su vida desde entonces. Después del colegio, había entrado a estudiar Derecho, había hecho nuevas amigas y por fin había practicado en un estudio de su tío. Allí había conocido al hombre que la esperaba ahora, en la iglesia, y que la había cortejado ya durante tres años. Un hombre honesto, caballeroso y bueno, un hombre de recursos.

"Te quiero de veras mucho", le dijo su voz esa noche en el oído, mientras partían de viaje, rociados por los besos y las lágrimas de sus parientes.

Alicia besó la mano de su esposo y sintió que no se desprendió de ella durante todo el viaje por Buenos Aires y São Paulo. El respeto y el amor, como le había pronosticado su madre, empezaban el primer día y no iban a acabarse nunca.

A su regreso alquilaron un departamento en Monterrico y Alicia insistió en regresar a sus estudios que estaban a punto de terminar. "Después a lo mejor puedo trabajar por horas y entretenerme", le dijo a su marido, "antes de que vengan los hijos".

Alicia había aprendido la fórmula de la felicidad, y la repetía con acierto. "Tal vez esto sea suficiente", pensaba, "tal vez esto sea suficiente para seguir adelante y tal vez vivir no sea más que esto: casarme con un hombre, seguir un horario y estar contenta".

Esta juventud próspera y llena de armonía se hubiera prolongado sin ninguna interrupción si no hubiera sido porque una mañana, varios meses después de su matrimonio, su antigua amiga, Silvia, la llamó por teléfono con mucha prisa por conseguir una cita con ella para ese mismo día.

—Quería invitarte a tomar el té aquí, esta tarde —le dijo Silvia—. Le he dicho a un par de chicas, y es una ocasión para volver a vernos.

—Bueno, estupendo —contestó Alicia mientras miraba el reloj—. Además tenemos mucho de qué hablar.

El resto de la mañana transcurrió entre pequeños encargos de su madre y una breve visita al estudio para recoger algunos papeles.

Al mediodía regresó a su casa, almorzó con Roberto y luego lo ayudó a vestirse para volver al trabajo. "Voy a estar donde Silvia esta tarde", le dijo. Pero voy a regresar seguramente antes que tú".

Al quedarse sola, Alicia empezó a hojear el periódico y resolvió algunos casilleros de un crucigrama. Todo encajaba, en efecto, todo encajaba en cada cuadrito. "Sería divertido publicar

un crucigrama equivocado", pensó en voz alta, "y ver a la gente tratando de resolverlo, y de encontrar la palabra correcta".

Después de un rato, hizo el periódico a un lado y prendió por un momento la televisión. Una mujer cubierta de lágrimas se acercaba a una casa y miraba por un instante un revólver que temblaba en una de sus manos.

Alicia abrió los ojos. La mujer abría una de las cortinas y recorría una casa enorme y vacía, hasta que finalmente unos pasos se escuchaban. La mujer veía a un hombre que se levantaba con los ojos desorbitados, y le disparaba. Luego vino la música del fin y de una propaganda de lavadoras y aviones. Luego el anuncio de una serie musical. Alicia apagó y se reclinó en el sofá. Aún faltaba media hora para la cita con Silvia pero ya podía empezar a arreglarse.

Un rato después estaba conversando con Amalia y Dora, que habían llegado a la casa de Silvia antes que ella. El sol había iluminado la mesa de madera junto al ventanal, y un jarrón de flores rojas junto a la lámpara contrastaba maravillosamente con la pared blanca.

"¿Y qué tal?", dijo Silvia. "Es increíble que haya pasado tanto tiempo".

Mientras escuchaba a Dora, que había empezado a hablar de la última vez que se habían visto, Alicia estiró la mano para recoger uno de los bocaditos que la empleada había deslizado debajo de ella.

—¿No quiere otro, señora? —escuchó de pronto.

La voz había sonado como un silbido o una flauta.

La empleada seguía mirando.

—No, no gracias —contestó Alicia.

Silvia y Amalia aún escuchaban hablar a Dora, y Alicia volvió a prestar atención al resto del grupo. La reunión continuó y Alicia se animó a participar. Una cara volvía a acercarse, se inclinaba para dejar la bandeja o para recogerla. Alicia sentía que esa cara aprovechaba algunos pasos por la sala para mirarla fija-

mente. La muchacha era alta, delgada y tenía el pelo negro recortado contra la nuca. Sus facciones se anudaban sobre su nariz, y sin embargo no dejaba de resultar atractiva, tal vez por ese aire perdido y distante con el que miraba. Alicia aprovechó la historia de Amelia sobre sus nuevos proyectos de casa para levantarse con una excusa. Cuando entró a la cocina, la muchacha estaba lavando las tazas. Al verla entrar, no dejó de trabajar pero le dirigió la pregunta esperada.

—¿Desea algo? —le dijo.

Alicia se acercó hasta quedar muy cerca de ella.

—Dime —le preguntó—. ¿Tú no eres la chica que estuvo en la casita de adobes esa noche?

El ruido de las tazas y los platos seguía su curso bajo el chorro de agua.

—¿Dónde? —dijo la muchacha.

—En la casita, junto a mi casa —retrocedió Alicia.

—Perdone, señora —la miró la muchacha—. No la entiendo.

Tanto la claridad de la voz como el gesto distante eran inusuales en una empleada. Alicia se acordó de lo extraños que le habían parecido esa misma voz y esa cara algunos años antes, cuando ella le había llevado los panes en un bolsillo. Ahora comprendía que ella había querido devolverle esos panes en una bandeja, aun cuando estuviera de sirvienta en una casa ajena. "¿No quiere otro, señora?", le había preguntado. "¿No quiere otro?", "¿No quiere otro?".

Alicia permaneció en silencio. "Si quiere un vaso de agua o algo, se lo puedo llevar", oyó que le decía la muchacha. Alicia dio media vuelta y salió de la cocina.

Al volver a la sala, se alegró que sus amigas siguieran interesadas en su propia conversación y que no le hicieran mucho caso. Pero al salir y despedirse lo hizo con más prisa que de costumbre. "Silvia debe haber pensado que estuve muy rara", pensó mientras manejaba de regreso a su casa.

Esa noche, cuando su esposo insistió en que le contara qué era lo que la preocupaba, Alicia sintió que no sabía qué de-

cirle. "No es nada", le respondió. "Cosas de mujeres. Duérmete y no te preocupes".

Cuando lo vio dormido, después de mucho rato, Alicia sintió que debía levantarse y alcanzar a la muchacha, en la casa de Silvia, para llevarla al lugar donde se habían visto, varios años antes. Sin embargo, eso no era posible. Entonces debía levantarse en la oscuridad y caminar sin rumbo por la casa, mientras Roberto dormía, con la seguridad de que todo estaba en orden.

Seguramente en ese instante, la muchacha estaba también sentada en su cuarto pequeño, y tal vez se reía suavemente, gozando de su encuentro de aquella tarde con la mujer que los había visitado unos años antes, sólo para echar algunas monedas sobre el cuerpo de su hermano muerto.